

LA «MORADA VITAL» Y SU INTERPRETACION DESDE EL ESTRUCTURALISMO

Desde que leí por primera vez la obra de Américo Castro, los conceptos de «morada vital» y «vividura» me parecieron que formaban el núcleo obvio de su concepción historiográfica, a pesar de lo confuso con que éstos se presentaban y del hecho de que el mismo Castro hiciera, en ocasiones, caso omiso de tales postulados. Lo acertado de esta terminología, sin embargo, junto a la riqueza de su contenido, parecía garantizarles un fecundo porvenir. No obstante, la vehemencia con que Américo Castro formuló sus teorías y lo dogmático de su posición, motivó desde el principio que sus escritos dieran lugar a encontradas polémicas. Y si por una parte éstas infundían nueva savia a la investigación en el pasado español, por otro lado concentraban demasiado los esfuerzos en cuestiones de detalle que perdieron en un laberinto de controversias los principios básicos de su obra. Así se comprende que E. Salazar Chapela, por ejemplo, considerara despectivamente a «vividura» como «un gracioso vocablo»¹; o que Alberto Gil Novales sólo viera en «la morada vital» un «concepto de extraordinaria belleza poética»². Más serio todavía es que pensadores de la talla de José Antonio Maravall descartaran el concepto, sin llegar a analizarlo, por parecerle «poco histórico»³. Tal ofuscación no sólo proviene de quienes rechazaron en su totalidad o en parte la obra de Américo Castro, sino que sus mismos discípulos, preocupados más en la defensa de detalles, en definitiva carentes de valor, olvidan aquellos principios básicos en los que se asienta toda la construcción de Castro.

En 1976, José Rubia Barcia editó un libro, *Américo Castro and the Meaning of Spanish History*, con el propósito explícito de «ofrecer al mundo de habla inglesa una organización sistemática del pensamiento y teorías de Américo Castro»⁴. Pues bien, de los 15 estudios que integran el libro, ni uno sólo está dedicado a presentar o comentar la «morada vital». Omisión que se hace comprensiva cuando leemos en el primer estudio, del mismo José Rubia Barcia, que «el supuesto básico

1 E. Salazar Chapela, 'Américo Castro y *La realidad histórica de España*', en *Cuadernos del Congreso*, 10 (1955) 59.

2 Alberto Gil Novales, reseña de *La realidad histórica de España*, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 16 (1962) 440.

3 José Antonio Maravall, 'La «morada vital hispánica» y los visigodos', en *Clavileño*, 34 (1955) 28.

4 José Rubia Barcia, editor, *Américo Castro and the Meaning of Spanish Civilization* (University of California Press, Berkeley 1976) p. vii.

de la teoría de don Américo es que la figura de Santiago fue creada por la imaginación de la minoría cristiana en oposición a la figura del profeta Mahoma que servía a la mayoría islámica»⁵. Pero dejemos ahora estos ejemplos que podrían fácilmente multiplicarse.

Es mi opinión que tanto los aciertos como los errores en la obra de Américo Castro sólo pueden ser propiamente identificados cuando éstos se evalúan a través de los principios claves de «morada vital» y «vividura». Y que estos conceptos, en su principio básico, son esenciales en todo quehacer histórico. En el desarrollo de estas páginas examinaremos primero en qué consiste la «morada vital» y la «vividura» en la obra de Américo Castro. En segundo lugar consideraremos las semejanzas y diferencias de la obra de Castro con la de Dilthey, Sánchez-Albornoz, Spengler y Toynbee. Y, finalmente, en tercer lugar, explicaré y proyectaré los conceptos de «morada vital» y «vividura» a través de un método estructuralista.

I

Según Américo Castro, «la ingenua urgencia de narrar o averiguar sin más lo que pasó, hace olvidar a veces la auténtica realidad de los hechos y de las obras de la historia humana, una realidad sólo historiable cuando es puesta en correlación con la estructura humana en que existe, y con los valores en los cuales se hace significativo»⁶. Ya que para Castro «los hechos humanos necesitan ser referidos a la vida en donde acontecen y existen. Esa vida es, a su vez, algo, concreto y especificado, que se destaca sobre el fondo genérico y universal de lo humano»⁷. Por ello la «primera obligación del historiador es intuir y tener presente el área interior en donde la historia acontece» (*Ibid.*, p. 22). Es aquí donde Américo Castro se aparta de las concepciones historiográficas tradicionales, pues según él «la historia descansa sobre saberes de experiencia, empíricos, cuya dimensión más importante —su valiosidad— es indemostrable, aunque sí intuible»⁸. Y por ello «la historiografía no puede cobijarse bajo una ciencia que le sirva de cúpula, rica de conceptos fijos y unívocos, al menos cuando se aspira a hacer ver el pasado como una estructura y en una perspectiva de valor»⁹. Reflexiones que le llevan a concluir que el historiador «ha de habérselas con objetos expresivos del vivir de otros hombres, y ha de participar, en alguna forma, del movimiento vital de quienes lucharon, creyeron, pensaron, sintieron y crearon, ya que actividades de esa clase se dan dentro de la experiencia personal de cada uno»¹⁰. Lo que Castro nos está diciendo es que «historiar requiere entrar en la conciencia del vivir de otros a

5 *Ibid.*, p. 18.

6 Américo Castro, 'La tarea de historiar', *Cuadernos del Congreso* 4 (1954) 21.

7 Américo Castro, 'La tarea de historiar', p. 21.

8 Américo Castro, *La realidad histórica de España*, 4 ed. (Porrúa, México 1971) p. 108.

9 Américo Castro, 'Ser y valer: dos dimensiones del pasado historiable', en *Cuadernos del Congreso* 24 (1957) 3.

10 *Ibid.*

través de la conciencia del historiador, es decir, sirviéndose de su vivencia del vivir de otros»¹¹.

Las alas de la intuición en la obra de Castro, sin embargo, se neutralizan al encontrarse ésta encerrada en la jaula de la «morada vital» que la condiciona y, en cierto modo, determina: «Todo ser humano se nos aparece viviendo, en cuanto hombre, en y desde una vividura. Esta se hace presente en un modo y en un curso de vida, condicionados... por ciertas tendencias posibilitantes y por ciertas tendencias excluyentes, es decir, por un cierto modo de hacer y de no hacer, por acciones y por omisiones»¹². Por ello él mismo nos previene de que «no cabe hablar plenamente de historia cuando falta la referencia a una "morada" interior (vital) en donde situar los fragmentos inconexos de realidad humana»¹³. Con lo que se deduce que la realidad de «lo histórico» está precisamente en la conexión que existe entre los hechos y las vivencias humanas que los motivaron, sólo relacionables a través de una «morada vital». Veamos lo que dicho término significa para su autor:

Parto de la convicción de haberse formado el pueblo español y de haber surgido a la vida historiable en enlace con situaciones casi siempre muy apretadas y desahuciables. Tuve así que construir una figura historiable en la cual cupiesen tanto los desarrollos valiosos como los opuestos a ellos. He tomado como centro y agente de esta historia el taller de vida en que la españolidad fue fraguándose, y no parciales rasgos psicológicos, siempre genéricos e inconexos; no he pensado tampoco en que las circunstancias exteriores fueran algo aislable del curso mismo de la vida, como si ésta fuese una realidad ya previamente dada sobre la cual cayeran causas o motivos. La vida historiable consiste en un curso o proceso interior, dentro del cual las motivaciones exteriores adquieren forma y realidad; es decir, se convierten en hechos y acontecimientos dotados de sentido. Estos últimos dibujan la peculiar fisonomía de un pueblo, y hacen patente el «dentro» de su vida, nunca igual al de otras comunidades humanas. Mas este «dentro» no es una realidad estática y acabada, análoga a la sustancia clásica; es una realidad dinámica, análoga a una función o, como indicaré luego, a una invariante. Pero el término «dentro» es ambiguo: puede designar «el hecho de» vivir ante un cierto horizonte de posibilidades y de obstáculos (íntimos y exteriores), y entonces lo llamaré «morada de la vida»; o puede referirse «al modo cómo» los hombres manejan su vida dentro de esta morada, toman conciencia de existir en ella, y entonces lo llamo «vididura». Esta sería el modo «vivencial», el aspecto consciente del funcionar subconsciente de la «morada»¹⁴.

II

La creación más original de Castro es, sin duda, ésta expresada en la «morada vital». Una comparación con aquellos pensadores que trataron el particular, nos servirá para mejor delimitar y concretar la posición de Américo Castro. El concepto de la «morada vital» nace

11 Américo Castro, *Dos ensayos*, p. 34.

12 Américo Castro, *Ensayo de Historiología. Analogías y diferencias entre hispanos y musulmanes* (Feger, New York 1950) p. 10.

13 Américo Castro, 'La tarea de historiar', pp. 21-22.

14 Américo Castro, *La realidad histórica de España*, pp. 109-10.

por la necesidad de considerar al hombre no como un ser individual, sino como un miembro de la sociedad en que vive. Este es también uno de los principios básicos de la concepción historiográfica de Dilthey, para quien el individuo es ante todo un miembro de la sociedad, por lo que sus acciones y reacciones quedan determinadas por los hábitos y valores de ésta. Dilthey, sin embargo, no se detiene ahí. Si la sociedad determina en cierto modo a los individuos, éstos son los que la forman. Por ello puede concluir que la nación es capaz de ilimitadas posibilidades. Por otra parte cada generación olvida las experiencias de las anteriores¹⁵. Castro, que arranca de Dilthey, al meditar sobre la historia de España llega a la conclusión de que la morada vital limita de algún modo las posibilidades de la nación. Al mismo tiempo se ve forzado a reconocer cierta continuidad entre las sucesivas generaciones: «Dilthey, que ha hecho posible nuestra idea de la historia, nos cierra ahora el camino que lleva a su intelección. Cada generación "olvidará las experiencias de las anteriores"; la historia de un pueblo sería entonces una superposición de segmentos humanos horizontales, unidos no sabemos cómo; o, tal vez, por la continuidad de la "cultura". Más aún así seguiría en pie el problema: qué es lo que hace que llamemos "alemanas" a las generaciones del siglo XII y a las del siglo XX»¹⁶.

A pesar de su oposición a las conclusiones de Dilthey, la vida para Castro es dinamismo: «Me interesa la vida como movimiento, curso y dirección, como algo variable, conjugando con una "invariante" que haga captable lo que persiste a lo largo de las mutaciones temporales; "invariante", porque de otro modo no podríamos llamar "francés" al parisiense del siglo XI y al de hoy»¹⁷. Tanto en su oposición a Dilthey como en la creencia en una «invariante», que enlace las distintas épocas de un pueblo, Américo Castro se acerca a la escuela de Menéndez Pidal. Claudio Sánchez-Albornoz, cuyo concepto de la «contextura vital» es tan similar al de la «morada vital» de Castro, señala igualmente: «Dilthey cree que los pueblos son capaces de ilimitadas igualdades, y lo son en verdad en el perpetuo avanzar del tiempo. Pero, como apunté hace casi diez años, creo ahora —y Castro me acompaña hoy en la creencia— que ante toda nueva volición histórica las comunidades nacionales no pueden elegir sino uno de los varios caminos que su estilo de vida presenta a su libre decisión»¹⁸.

Tanto Castro como Sánchez-Albornoz consideran al hombre parte integrante de la sociedad. Esta moderará y limitará, en cierto modo, las posibilidades de aquél. De ahí la necesidad de una unidad que considere al hombre «dentro» de la sociedad, viviendo «en» la sociedad. La «morada vital» o «contextura vital» sería la respuesta ideal. Una vez establecida la necesidad, ambos historiadores discrepan en cuanto

15 Wilhelm Dilthey, *Pattern and Meaning in History*, Ed. by H. P. Rickman (Harper Torchbooks, New York 1962) p. 153.

16 Américo Castro, 'El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos', en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 3 (1949) p. 227. Más información sobre el particular encontrará el lector en mi estudio, 'Dilthey en la obra de Américo Castro'.

17 Américo Castro, *La realidad histórica de España*, p. 110.

18 Claudio Sánchez-Albornoz, *España, un enigma histórico*, 2 vols, 3 ed. (Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1971), I, 56.

a su origen y aproximación filosófica. Américo Castro nos señala que a «este respecto merece recordarse lo dicho por Oswald Spengler, en cuya obra (1918-1922) sigue habiendo aciertos parciales... He aquí dos de esos aciertos: "Las razas de Occidente no son las creadoras de las grandes naciones, sino sus consecuencias... Hacia el año 1000, los hombres más importantes se sienten ya dondequiera alemanes, italianos, españoles o franceses. Seis generaciones antes, sus abuelos se sentían, en lo profundo de sus almas, francos, longobardos o visigodos"»¹⁹. Castro también considerará el origen de los españoles «hacia el año 1000». Rechaza, no obstante, la concepción determinista de Spengler, quien, en palabras de Maravall, «ve la Historia como la pululación inconexa de una variedad de unidades aisladas a las que llama culturas ... pero Spengler supone, incluso, que nacen sin necesidad de semilla que transmita la vida de unos individuos a otros. Las culturas de Spengler, hacia dentro no son más que "grupos de afinidades morfológicas", y hacia afuera, sistemas tan cerrados que nada se hereda de unos a otros»²⁰. Castro rechaza igualmente la imagen biológica que Spengler da a la historia de una civilización, según la cual cada cultura posee sus propias posibilidades de expansión, que germinan, maduran, se marchitan y no reviven jamás.

El sistema rígido que nos proporciona la imagen biológica de Spengler, hubiera predestinado un fin cierto y determinable a la morada vital. Castro, al igual que Toynbee, rechaza este determinismo positivista y considera que si bien la morada vital de lo que llamamos hoy español puede llegar a desaparecer, no es algo que tenga necesariamente que suceder. Es ésta, en definitiva, la diferencia más notable entre la «morada vital» y la «contextura vital». Para Sánchez-Albornoz existe una continuidad esencial a través del tiempo, que permite, a pesar de las obvias diferencias entre los iberos y los españoles del siglo XX, trazar una línea de unión entre las sucesivas contexturas vitales. Por otra parte, si bien Castro y Toynbee coinciden en el establecer un principio concreto a la morada vital, y librar a ésta del carácter determinista que le proporciona Spengler, la obra de Castro supone una de las reacciones más formidables contra el autor de *A Study of History*. Recordemos aquellas palabras de Toynbee en un ensayo 'My view of History', donde afirma: «One of my own cardinal points was that the smallest intelligible fields of historical study were whole societies and not arbitrarily insulated fragments of them like the nation-states of the modern West»²¹. Américo Castro es de la opinión de «que el curso de la vida española ha sido muy diferente de la del resto de los pueblos europeos»²².

En resumen. Américo Castro nos proporciona, por primera vez, un método capaz de concretar y establecer la realidad histórica de un pueblo. Su concepción de la «morada vital» se diferencia básicamente de

19 Américo Castro, *Los españoles, cómo llegaron a serlo* (Taurus, Madrid 1965) p. 151.

20 José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, 3 ed. (Revista de Occidente, Madrid 1967) pp. 280-81.

21 Arnold J. Toynbee, *Civilization on Trial* (Oxford University Press, New York 1948) p. 9.

22 Américo Castro, *Dos ensayos*, pp. 48-49.

la «contextura vital» de Sánchez-Albornoz, en el poseer un principio concreto hacia el año 1000; pues para Castro sólo entonces el español adquiere conciencia de serlo, ya que ser español y habitante de la Península Ibérica son dos cosas distintas. Contra el pensamiento de Dilthey cree que un pueblo no es capaz de posibilidades ilimitadas, y que lejos de olvidar cada generación las experiencias de la anterior, existe una «invariante» en la evolución de la «morada vital», que hace a los habitantes del siglo XX ser tan españoles como a los del siglo XII. Se aparta de Spengler en lo referente al carácter determinista que éste daba a la historia, ya que, según Castro, la «morada vital» no tiene necesariamente que desaparecer. En oposición a Toynbee, cree que sólo la historia nacional puede llegar a establecer la verdadera realidad histórica de un pueblo.

III

Hasta aquí hemos expuesto únicamente los conceptos de «morada vital» y «vididura» según la explicación que de ellos nos proporciona Américo Castro. Y si en teoría éstos se presentan un poco confusos, su estudio comparado con otras filosofías de la historia nos permite, como vimos, determinar de modo más concreto su pensamiento. En cualquier caso, hay que reconocer que fue el mismo Américo Castro, quien dio pie a las numerosas, y a veces contradictorias interpretaciones de su obra, al definir con vocabulario existencialista un sistema estructural que pretendía dar base a sus principios teóricos. Por otra parte, en la aplicación práctica mezcla constantemente Américo Castro la aproximación intuitiva con el método estructural. Y si bien es cierto que a este proceso debe la vitalidad de su obra y muchos de sus aciertos, también lo es que la falta de sistema en su desarrollo deja a su obra trunca.

El método estructural no es, por lo tanto, algo ajeno a la obra de Castro. Buena prueba de ello es que al traducir *La realidad histórica de España* al inglés, lo hizo bajo el título de *The Structure of Spanish History*. Y es mediante la aplicación del modelo lingüístico al plano de la historia, cuando los conceptos de «morada vital» y «vididura» adquieren verdadero sentido. Partamos en nuestro desarrollo de los siguientes términos lingüísticos propuestos por Saussure: «Lengua», en cuanto que se refiere al idioma, es decir, a un producto social y que representa a la sociedad, al sistema; y «lenguaje», en cuanto que es la expresión individual, o sea, la actualización que cada individuo hace del sistema. Si ahora aplicamos estos términos a los conceptos propuestos por Castro, tendremos que la «lengua» en el plano histórico es la «morada vital», y que el «lenguaje» es la «vididura». Este simple paralelo nos permite comprender de un modo más cabal la definición, antes oscura, que nos da Castro de la «morada vital», que para él es «el hecho de vivir ante un cierto horizonte de posibilidades y de obstáculos (íntimos y exteriores)». Del mismo modo, mediante la aplicación del término «lenguaje», el concepto «vididura» adquiere un significado concreto y la definición de Castro: «el aspecto consciente del funcionar subconsciente de la

morada», nos parece ahora comprensible. Pero sigamos proyectando el modelo lingüístico. El «lenguaje», es decir, el modo consciente de expresarse cada individuo, queda determinado por la «lengua» de la sociedad a que pertenece. Es verdad que las aportaciones individuales llegan a enriquecer a la «lengua» y con su generalización a causar la evolución de ésta, pero en definitiva, el «lenguaje» del individuo siempre estará determinado por la «lengua» de la sociedad. Del mismo modo la «morada vital» establece un horizonte de posibilidades y de obstáculos que controla y determina los actos humanos.

Una vez determinados estos dos conceptos básicos, queda todavía por establecer su relación y funcionamiento dentro del proceso histórico. Para ello nos es necesario referirnos de nuevo al modelo lingüístico. En la «lengua» llamamos relaciones sintagmáticas a aquéllas que existen entre las distintas palabras. Y así como una palabra aislada posee un significado muy imperfecto que sólo se completará al relacionarla con las otras palabras a las que está asociada, del mismo modo las acciones de individuos o de grupos de individuos adquirirán su verdadero significado al ser asociadas con todas las demás acciones y posibilidades implícitas en la «morada vital». De este modo, cuando Américo Castro habla del culto a Santiago, no lo hace como algo aislado con significado propio, sino que lo integra en la realidad hispánica y hace que éste adquiera un relieve especial al relacionarlo con el culto árabe a Mahoma. Es decir, establece dentro de la «morada vital» las mismas relaciones que el modelo lingüístico establece entre sintagmas o entre las palabras de un mismo sintagma. La palabra «limpieza», por ejemplo, posee un significado vago cuando se encuentra aislada. Se hace más perfecta cuando se la relaciona dentro de un sintagma, tal como «limpieza de sangre»; y todavía se enriquece más cuando pensamos en los distintos significados que la palabra ha tenido en los siglos XV y XVI y las asociaciones que en nuestra mente nos suscita. Lo que hemos hecho en último término, ha sido seguir el proceso histórico de la palabra estableciendo al mismo tiempo relaciones paradigmáticas. Del mismo modo que procedemos con el modelo lingüístico, debemos hacerlo en el plano histórico. El primer paso será el de establecer las reglas (claves dirían los estructuralistas) que gobiernan el sistema de la «morada vital». Para ello haremos un estudio sincrónico de la sociedad, es decir, de las manifestaciones de la «vividura» en una época determinada. Una vez establecida esta «morada vital» y fijadas las reglas sociales que la rigen, estaremos en disposición de captar la historia de un pueblo. Y el desarrollo de la «morada vital» quedará, pues, determinado por el estudio diacrónico de los acontecimientos y sus relaciones con las reglas que dan cuerpo a la «morada vital».

Sistematizada así la «morada vital», no hay duda de que constituye la base imprescindible que hará posible la reconstrucción histórica del pasado. Y si la obra de Américo Castro queda truncada, ello no se debe a los supuestos teóricos, sino precisamente al haberse él mismo apartado en la exposición y antes, en la investigación, del proceso sistemático que su método le exigía. Así, por ejemplo, Américo Castro dio verdadero sentido a la creencia en Santiago en los siglos IX y X. A este aspecto de gran importancia al tratar de fijar la «morada vital» española en

una época clave, pues para Castro es cuando comenzó a ser por primera vez española. Como ya dejamos anotado anteriormente, para determinar el verdadero valor del culto a Santiago en la «morada vital» del siglo IX, es preciso seguir su estudio sincrónico, es decir, al igual que en el modelo lingüístico, establecer todas las posibles relaciones sintagmáticas. Las relaciones paradigmáticas y su estudio diacrónico deben sólo ser considerados en cuanto a su relación con el sincrónico. Américo Castro, sin embargo, se perdió en prolijas y en realidad inútiles investigaciones sobre el posible origen dioscórico de la creencia en Santiago.

Lo que le sucedió a Américo Castro es que en lugar de proceder a una investigación exhaustiva, y a la luz de los datos adquiridos formular unos postulados, siguió un proceso más bien inverso. Ante sus primeros descubrimientos, formuló intuitivamente una interpretación de lo español, que dominaría después sus investigaciones, hasta el punto de que consideraría historiable sólo aquello que encajaba dentro de la estructura por él preconcebida.

JOSE LUIS GOMEZ-MARTINEZ